

9. Vejece y riesgo social durante la pandemia

FERNANDO BRUNO*

ANA FIDELIA APARICIO TREJO**

LUISA MARIANA GUERRERO ACOSTA***

DOI: <https://doi.org/10.52501/cc.112.09>

Resumen

En el marco de la semana de las ciencias sociales en 2021, un grupo de expertos en el tema de personas mayores y envejecimiento debatió acerca del impacto en la investigación social y la vida cotidiana de ese grupo de edad durante la pandemia de COVID-19 en México. El resultado del encuentro permitió destacar, por un lado, un desafío a la hora de investigar y, por el otro, las consecuencias para las personas mayores y sus derechos, además de las consecuencias de una mayor tasa de mortalidad, el aumento de situaciones de discriminación, la injusta organización social sobre todo en lo referido a los cuidados y la desigualdad de género. Aunado a ello, cabe insistir en el riesgo que para las personas mayores en este contexto significaron las desventajas de sus condiciones socioeconómicas y el estado de salud, pero un entorno urbano que genera mayor riesgo social.

Palabras clave: *Vejez, riesgo social, pandemia, urbano, México.*

* Doctor en Filosofía con Orientación en Trabajo Social y Políticas Comparadas de Bienestar Social. Profesor investigador tiempo completo en la Universidad Autónoma de Coahuila. ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-6142-5406>

** Maestra en Estudios Urbanos. Estudiante del doctorado en Estudios de Población, El Colegio de México, A. C. ORCID: <https://orcid.org/0009-0004-6893-8342>

*** Licenciada en Urbanismo. Colaboradora del Seminario Universitario Interdisciplinario sobre Envejecimiento y Vejez UNAM. ORCID: <https://orcid.org/0009-0004-2166-5172>

Introducción

La situación que el mundo está viviendo a partir de la explosión del COVID-19 plantea numerosos interrogantes sobre las relaciones humanas, los apoyos y la solidaridad sociales en los diferentes grupos de edad. Sin embargo, un primer desafío es cómo responder a los cambios, si desde el plano individual, comunitario o institucional. Muchas situaciones de la vida cotidiana dadas por sentado se han visto profundamente trastocadas en un contexto imprevisible que muestra la compleja vida social existente y su forma de explicarla.

La sociología siempre ha estado buscando explicaciones sobre los cambios sociales y el efecto de estos sobre los sujetos y las instituciones. Uno de los aportes teóricos que pueden sustentar un análisis del cambio social en la modernidad es la sociología del riesgo. Es por ello que en los párrafos siguientes abordaremos el tema del riesgo como guía para problematizar el tema de la pandemia de COVID-19 en México, particularmente en el caso de las personas mayores.

El riesgo social como categoría analítica

La presencia del tema del riesgo en nuestra vida cotidiana ha hecho que algunos sociólogos lo consideren el rasgo central que define nuestra época y argumentan que nuestra sociedad moderna está edificada alrededor del riesgo.

Hay que reconocer a Beck (1998),¹ por quien la noción de *riesgo* se ha convertido en un concepto central del pensamiento sociológico contemporáneo.² En la década de los ochenta del siglo pasado es específicamente cuando la categoría de riesgo se transforma en fundamental para entender las sociedades modernas en un contexto de cambios profundos. En 1986, Beck

¹ Esta referencia corresponde a la versión en castellano, la original es Beck, Ulrich (1986), Risikogesellschaft. Auf dem Weg in eine andere Moderne, Frankfurt, Suhrkamp.

² Hay debate en torno a esta aseveración, ya que para otros el tema del riesgo es inherente a la sociedad humana y no un rasgo característico de una época histórica.

ya había hablado del tema con la aparición de su obra *La sociedad del riesgo*; Luhmann, en respuesta, tomó el desafío de escribir una *Sociología del riesgo*, pero cinco años más tarde:

Mientras que figuras clásicas del pensamiento sociológico como Max Weber, Max Horkheimer y Theodor W. Adorno veían en el incremento —siempre lineal— del control racional sobre la naturaleza el rasgo característico de la modernidad, Beck observa en la incapacidad de controlar racionalmente la naturaleza el signo de nuestro tiempo. Por ello aparece el concepto de consecuencias no esperadas de la acción. [Galindo, 2015, p. 147]

Esta idea de imposibilidad hace referencia a la dificultad de calcular, por mejor sistema de medida confiable y válido que exista, la acción social porque esta es contingente, imprevisible por momentos y en contextos determinados.

Ahora bien, aseguramos que Beck no fue el único sociólogo en abordar el tema del riesgo, dado que Niklas Luhmann no demoró en contestar sus aportes, quien propone una nueva forma de interpretar las características de la modernidad: la fórmula riesgo / peligro. En sus propias palabras, esta distinción “supone que existe inseguridad en relación con daños futuros. Se presentan entonces dos posibilidades” (Galindo, 2015, p. 153).

Puede considerarse que el posible daño es una consecuencia de la decisión, es decir, se le atribuye a la decisión. Entonces hablamos de riesgo y, precisamente, del riesgo de la decisión. O bien se juzga que el posible daño es provocado en forma externa, es decir, se le atribuye al entorno. En este caso hablamos de peligro (Galindo, 2015, p. 154). En este contexto, cabe esbozar la siguiente interrogante a partir del pensamiento de Luhmann: el COVID-19 ¿pertenece a la categoría riesgo o peligro? ¿Se trata de decisiones individuales, institucionales? ¿O de un entorno impredecible? Así, la variable tiempo se vuelve de interés para la sociología moderna, abordando la acción social y las decisiones, por un lado, y el entorno por el otro. Luhmann recuerda luego que todas las sociedades modernas están ligadas con el riesgo, y que este se encuentra siempre presente por la naturaleza misma del comportamiento humano, por ello no existe conducta libre de riesgo.

En este contexto es comprensible la emergencia de la protección social a mediados del siglo XIX entendidas como mecanismos de gestión de riesgos, para lograr que estos se redujeran a través de la acción social estatal.

Si bien la historia nos enseña que los primeros riesgos eran focalizados, la modernidad y la llegada de la racionalidad revistieron un carácter diferente a los riesgos en la vida y las decisiones humanas. Finalmente, el riesgo según Ochoa (2014, p. 4) es “un acontecimiento que compromete la capacidad de los individuos para asegurar por sí mismos su independencia social. Si no se está protegido contra estas contingencias, se vive en la inseguridad”. La inseguridad social en consecuencia proviene de la falta de protección ante las contingencias de la vida como la enfermedad, los accidentes de trabajo, el cese del trabajo, y no podemos olvidar a las personas mayores, que con sus características y falta de atención entran en dinámicas de estas características.

Con la modernidad se da también un proceso de individualización de la vida, proceso que ya Émile Durkheim (1989) a finales del siglo XIX observaba, pues con la pérdida de importancia de las protecciones provenientes de la comunidad, el Estado e incluso de la familia, el individuo estaba más librado a su propia razón y voluntad.

Por este motivo la obra de Bauman fue recibida con tanto fervor en la sociedad en general, y una parte de los intelectuales de la época. Dotando de significado el sentido de su época, el autor clasificaba a la modernidad como un tiempo sin certezas, donde también el otro es un extraño que se pierde en la multitud urbana. Asistimos así a una transformación que no es ajena al conflicto, pasando de un contexto de riesgo/peligro, contingente, donde se compromete mi independencia, en un mundo social sin certezas con individuos aislados.

Tras el desarrollo de estos temas el contexto mundial de emergencia y crisis por el COVID-19 hace alusión a este marco teórico donde el “miedo” es el nombre que damos a nuestra incertidumbre y la ignorancia con respecto a la amenaza y a lo que no se puede hacer para detenerla o para combatirla. Esta situación ha impactado en la población mundial, pero para las personas mayores el vínculo entre discriminación, distanciamiento social y falta de información puso sus libertades y salud mental en jaque.

La noción de riesgo como concepto sociológico adquiere su mayor relevancia y justifica la importancia que se le ha adjudicado en las últimas décadas cuando se ubica dentro de la discusión del debilitamiento de los valores de la modernidad, que guiaron a la sociedad durante la mayor parte del siglo xx, por la pérdida de confianza en la razón y verdad como una guía infalible en la toma de medidas, y en la ciencia como proveedora de las respuestas y certezas como base para conseguir el mejor futuro posible (Ochoa, 2014).

Justamente en el contexto del COVID-19 y sus repercusiones, la vida no está garantizada y todas las conquistas en bienestar y previsibilidad del curso de vida se desplomaron junto con las respuestas institucionalizadas.

En respuesta a ello, las ciencias sociales se han dado a la tarea de explicar y comprender a partir de investigaciones acerca de los cambios sociales ante el COVID-19, ya que no únicamente preocupa el virus y la situación grave de salud y letalidad en particular en las personas mayores, sino también las implicaciones desfavorables en el ámbito socioeconómico y la incertidumbre sobre la vida cotidiana en el futuro más próximo.

Esa sensación de “tranquilidad”, de tener una vida normal y previsible se trasladó hacia una imprevisibilidad del curso de vida repercutiendo en todas las áreas de la vida. En esta marea de cambios, en la semana de las ciencias sociales promovida por Comecso, 2021, un grupo de investigadores problematizó acerca de temas relacionados con personas mayores, ofreciendo un rico panorama a partir de la diversidad de experiencias y conocimientos de la situación actual y los desafíos venideros.

En las páginas que continúan se abordan las problemáticas más destacadas a partir de cuatro interrogantes.

*¿Cuáles son para ustedes los hallazgos más destacados en las investigaciones sobre la relación entre personas mayores y el COVID-19?*³

En nuestra opinión, uno de los principales hallazgos tiene que ver con la urgencia de vincular los estudios sobre envejecimiento y entorno con la gestión integral del riesgo. Además, es necesario que tal vínculo considere los efectos

³ Por Ana Fidelia Aparicio Trejo y Luisa Mariana Guerrero Acosta.

de la desigualdad, tanto en los procesos de envejecimiento, como en el acceso a las oportunidades de salud y bienestar que ofrece la ciudad.

En lo que respecta al entorno, se ha reconocido que los aspectos ambientales, tanto los naturales como los construidos, son fundamentales para el desarrollo de las actividades cotidianas y la salud a lo largo de todo el curso de vida (Lennon *et al.*, 2017), pero en el caso particular de la vejez se considera que su influencia es todavía más importante, tanto para promover conductas que mejoren la capacidad y salud a medida que se envejece, como para compensar favorablemente los cambios y eliminar los obstáculos que limitan la participación en la sociedad (OMS, 2015a). En cuanto a la dimensión social también se enfatiza la importancia de que las personas mayores cuenten con sólidas redes familiares y sociales (Garay *et al.*, 2017) y con oportunidades que favorezcan la participación constante en actividades culturales, educativas e incluso laborales (OMS, 2007 y 2015b).

Como bien lo han detallado Annear y otros autores (2014), hay aspectos del entorno físico y social que se asocian positivamente con mayor longevidad y mejores niveles de salud física y mental⁴ y que se vinculan estrechamente con el ingreso, la segregación espacial y la pobreza, de manera que las desigualdades socioeconómicas y socioespaciales resultan decisivas para la calidad del contexto en el que las personas mayores desarrollan su vida diaria.

Dadas las profundas brechas en ingresos económicos, la alta prevalencia de pobreza e informalidad, así como la segregación territorial y los rezagos en vivienda, dotación de servicios e infraestructura que caracterizan a las ciudades latinoamericanas, el tema de las desigualdades, en sus múltiples dimensiones, ocupa un lugar importante en los estudios urbanos de la región. Sin embargo, la pandemia nos ha permitido ver de forma extrema las consecuencias negativas de que la desigualdad siga tan presente en las ciudades.

⁴ Entre los aspectos del entorno físico que más destacan estos autores se encuentra el contar con una vivienda en buen estado, la cercanía a los espacios públicos de recreación, la presencia de vegetación y arbolado en los hogares, barrios y parques, así como de lugares para hacer actividades sociales y las facilidades para caminar sin obstáculos. Entre los aspectos del entorno social se menciona el ser parte de una red de apoyo sólida, altos niveles de participación social, contacto con personas de otras generaciones, vivir en barrios de mayor nivel económico, niveles de alfabetización más altos, contar con certeza económica y una percepción positiva de la seguridad.

En particular se ha observado que las personas mayores enfrentan desigualdades y desventajas que son de carácter acumulativo (Ferraro y Shippee, 2009), en primer lugar porque gran parte de ellas corresponde a situaciones que se han forjado a lo largo de toda la vida, pero cuya intensidad se experimenta con más fuerza en la vejez; y en segundo lugar porque las condiciones del entorno pueden representar una desigualdad en sí misma, que se añade a otras ya experimentadas, como las de género, condición socioeconómica, orientación sexual; y en tercer lugar porque a estas desigualdades ya mencionadas se añade la discriminación por edad. Todas estas situaciones interactúan diariamente en la configuración de vulnerabilidades, pero se presentan de forma más aguda durante eventos que representan riesgos socioambientales, provocando que la población adulta mayor sea la más afectada.

En este sentido, señalamos que la vulnerabilidad de las personas mayores ante riesgos como el de la pandemia se construye socialmente y de manera progresiva, por medio de la interacción de amenazas sicionaturales con imaginarios discriminatorios que marginan a la vejez y se combinan con sistemas económicos desiguales, entornos urbanos de baja calidad, políticas asistenciales y la exclusión de las vejeces en los procesos de gestión del riesgo (Aparicio y Guerrero, 2021).

Respecto a estos aspectos que forman parte de las discusiones sobre entornos físicos y sociales para el envejecimiento, notamos que es necesario abordar la gestión del riesgo con una perspectiva gerontológica, puesto que, en México, aún son escasas las investigaciones que han vinculado estos temas. Con ello es posible entender que la pandemia no es solo un riesgo sanitario, sino que sus causas y consecuencias están fuertemente relacionadas con los procesos de desigualdad y con las desventajas que tales procesos imponen a la vida de quienes habitan la ciudad.

¿Cuáles son los desafíos al investigar el impacto del COVID-19 en las personas mayores en México?

Uno de los principales retos tiene que ver con el reconocimiento de la heterogeneidad en los procesos de envejecimiento y en las vejeces. Resulta necesario destacar la relación estrecha entre género y envejecimiento (Garay y

Montes de Oca, 2011), porque las desigualdades que previamente hemos mencionado son más profundas para las mujeres, y estas se acrecientan todavía más cuando se trata de mujeres mayores. Además, si a esto añadimos características como la orientación sexual, identidad de género, clase social, etnia, discapacidades y condiciones de salud-enfermedad, las desigualdades acumuladas aumentan y tienen mayores repercusiones en la calidad de vida y el bienestar de las personas mayores.

A estas heterogeneidades se añaden otras que tienen que ver con la perspectiva de los estudios urbanos. Investigaciones previas han dado cuenta de la diversidad de contextos y formas de habitar las ciudades mexicanas, así como de las diferencias en sus dinámicas demográficas, prácticas sociales, producción de la vivienda y del espacio público (Duhau y Giglia, 2004 y 2008; Quiroz, 2013). En otros ejercicios de investigación también se ha documentado que en cada uno de estos microcontextos urbanos se pueden observar diferentes relaciones entre las personas mayores y sus entornos, que expresan una variedad de representaciones sociales sobre la ciudad y en las que se hace uso de distintas estrategias y prácticas en la movilidad, así como para acceder a los servicios, infraestructuras y equipamientos de los que diariamente hacen uso (Zamorano *et al.*, 2012; De Alba, 2017). Así que, si tomamos como referencia las heterogeneidades en los modos de habitar y experimentar la ciudad, también nos encontraremos con que los impactos de la pandemia son diferenciados.

En segundo lugar, consideramos la urgente necesidad de un cambio en el paradigma urbano. Esto tiene que ver con reconocer que los espacios urbanos no son espacios neutros, sino que la planificación y construcción de las ciudades contemporáneas responde a lógicas que se basan en un sistema económico capitalista y neoliberal, cuya centralidad es la productividad. Desde este paradigma urbano se privilegia a las intervenciones que favorecen la circulación y las actividades de un usuario masculino, que se encuentre en edad económicamente activa y participa en actividades de trabajos remunerados, con la capacidad de desplazarse sin limitaciones o sin tener alguna discapacidad, de manera que se favorece el derecho a la ciudad solo para este tipo de personas y en consecuencia se invisibilizan las necesidades y requerimientos de otros grupos de población, como las mujeres, las infancias, las personas con discapacidades y las personas adultas mayores

(Donoso, 2006). Esto nos hace notar que hay una serie de barreras (físicas, sociales, políticas, culturales y económicas) que limitan la movilidad de las personas mayores en las ciudades, precisamente porque la lógica que guía los procesos de construcción y planificación urbana se preocupa principalmente por favorecer la producción y a quienes participan directamente en ella, algo que resulta totalmente excluyente. Así que como parte de estos desafíos también es necesario transitar desde el paradigma urbano antes descrito, hacia uno que considere a la vida cotidiana y a la gestión del riesgo como aspectos centrales de las políticas urbanas y de la toma de decisiones.

Consideramos que un tercer reto tiene que ver con las contradicciones y paradojas que ejercen las desigualdades en las acciones públicas que buscan gestionar los riesgos derivados de la pandemia, y nuevamente esto se relaciona estrechamente con la diversidad de formas de habitar una misma ciudad. Esto es algo que han señalado investigadoras expertas en temas urbanos, como Alicia Ziccardi (2020) y Maria Mercedes Di Virgilio (2021), al mencionar, por ejemplo, que los mensajes de quedarse en casa y lavarse las manos están completamente atravesados por las desigualdades en la habitabilidad de las viviendas y los barrios, la cobertura de servicios básicos como agua, luz e internet y la capacidad de pagarlos. Todos estos son aspectos que varían considerablemente entre zonas de la ciudad, como varían también los modos de habitar, el grado de hacinamiento en las viviendas o la disponibilidad de espacios públicos, así que cada una de estas características otorga diferentes grados de dificultad para cumplir con el confinamiento de forma exitosa. De nuevo observamos que la desigualdad se relaciona directamente con las características del entorno urbano y habitacional de las personas mayores, y a su vez que el entorno influye en las oportunidades de gestión del riesgo de las personas y en su nivel de resiliencia, así que esta relación entre desigualdad, entorno y gestión del riesgo es esencial para saber cómo se configuran las desventajas y vulnerabilidades que viven las personas mayores, por lo tanto es necesario o incluirla en las investigaciones académicas y en las políticas públicas, pero también nos señala el desafío de tejer esfuerzos interdisciplinarios.

¿Qué tipo de intervenciones sociales de acuerdo con sus investigaciones serían las más adecuadas en este contexto de riesgo e incertidumbre?

En cuanto a las intervenciones sociales nos interesa resaltar, también desde el vínculo entre entorno urbano y gestión del riesgo, que las desventajas y vulnerabilidades que experimentan las personas mayores no se reducen a la edad de las personas.

Esto es algo que comúnmente se señala en investigaciones y publicaciones que adoptan un enfoque de derechos humanos (Huenchuan, 2009; Montes de Oca, 2013). En primer lugar, porque asumir que la edad es la única causa de la vulnerabilidad de la vejez deposita toda la responsabilidad en los individuos, cuando hemos visto que un envejecimiento activo y saludable es responsabilidad colectiva e involucra a toda la sociedad, ya que tiene que ver con las políticas económicas, de salud y de cuidados. En segundo lugar, porque esta idea contribuye a estereotipos negativos y prácticas discriminatorias, que a su vez se expresan en la omisión de la vejez en las políticas, o bien en que se le incluya de forma asistencial. Por lo tanto, hay una gran cantidad de situaciones del entorno que nos toca resolver de manera colectiva.

Un primer grupo de situaciones tiene que ver con lo urbano arquitectónico, y surge de propuestas que buscan cambiar el paradigma dominante al que previamente hicimos referencia; la mayoría de ellas ya eran ideas presentes en la práctica del urbanismo, pero a raíz de esta crisis sanitaria se volvieron todavía más importantes. Este tipo de intervenciones propone mejorar los criterios de diseño y construcción de las viviendas, de los sitios próximos a ella y de los espacios públicos de la ciudad, de tal forma que promuevan la salud, faciliten la accesibilidad y movilidad y por lo tanto la socialización y el acceso a las redes sociales. En ocasiones también buscan priorizar zonas de la ciudad más desfavorecidas por su localización o por concentrar altos niveles de pobreza y marginación. También se propone fortalecer la infraestructura de salud, ya que investigaciones previas a la pandemia señalaron que los servicios eran insuficientes para cubrir los requerimientos de la población e incluso previeron su posible colapso ante contingencias sanitarias (Arriagada *et al.*, 2005; Galindo-Pérez y Suárez-Lastra, 2018).

En general, esto nos habla de la necesidad de contar con espacios que promuevan la salud en la vida cotidiana y que adopten un modelo preventivo, no solamente reactivo, ya que estudios sobre salud urbana han identificado que la presencia de espacio públicos y áreas verdes adecuados favorecen el envejecimiento activo y la prevención de enfermedades crónicas degenerativas y fomentan estilos de vida saludables (Cano y Sánchez-González, 2019). Ello requiere favorecer la movilidad peatonal y no motorizada, promover los usos de suelo mixtos y la cercanía de los servicios, crear espacios públicos para el deporte y para la recreación de las personas. A lo largo de la pandemia este tipo de intervenciones se ha hecho presente por medio de estrategias de urbanismo táctico (Moser *et al.*, 2020; ONU-Habitat, 2021) dirigidas a recuperar espacios públicos y espacios residuales que generalmente están designados al automóvil. Se trata de estrategias emergentes, pero es igual de importante que la promoción de la salud se incorpore como un tema prioritario en las políticas e instrumentos de planeación urbana, ya que esto favorece el envejecimiento activo y saludable de quienes ya son personas adultas mayores, pero también ayuda a que las personas que todavía no llegan a esa etapa lo hagan en mejores condiciones.

El otro tipo de intervenciones se centra en fortalecer las redes sociales de apoyo, así que tiene más relación con la dimensión social del entorno en el que las personas mayores se desenvuelven. En este caso la Organización Panamericana de la Salud ha documentado varias de estas iniciativas a través del documento “Un panorama de las ciudades y comunidades amigables con las personas mayores en las Américas durante la pandemia de COVID-19. Experiencia adquirida”, publicado en agosto de 2021. En este documento se da cuenta de una serie de intervenciones en varias ciudades de la región, que principalmente buscan mantener en contacto constante a través de los medios digitales, promover grupos de apoyo por videollamada, actividades culturales de apoyo emocional o apoyo psicológico por medios tecnológicos y por teléfono. Estas son medidas muy útiles porque favorecen la colaboración intergeneracional, el aprendizaje de nuevas tecnologías y la comunicación constante; sin embargo, el acceso a las tecnologías de la información también está sesgado por la capacidad económica de adquirir estos bienes y por las tasas de analfabetismo que prevalecen en la población adulta mayor, principalmente en las mujeres.

¿En materia de investigación, cómo podríamos avanzar en el desafío de conocer las experiencias de las personas mayores en este contexto provocado por el tal COVID-19, esto quiere decir, se trata más de cuál sería un proceso de investigación, qué ideas, tópicos o cuestiones fundamentales podemos seguir insistiendo e investigando?

Consideramos que hay cuatro aspectos fundamentales a tomar en cuenta en cualquier agenda de investigación relacionada con la pandemia y con sus implicaciones en la vida de las personas mayores: las desigualdades, los cuidados y el género, la brecha digital y la gestión del riesgo, principalmente en un contexto de cambio climático en el que impera la incertidumbre.

De entre todas las dimensiones de la desigualdad nos interesa resaltar las de carácter socioespacial, ya que son fundamentales para comprender los impactos diferenciados de la pandemia en la ciudad, tanto en los microcontextos como en quienes los habitan. Nos parece urgente reconocer y visibilizar la relación entre los entornos urbanos, riesgos socioambientales como la pandemia y las posibilidades de resiliencia de las personas mayores. Además, es necesario que este tipo de análisis se vincule con los aspectos demográficos de cada zona, para así lograr identificar necesidades y problemáticas específicas que limitan el acceso al derecho a la ciudad de las personas mayores y el papel del entorno urbano en favorecer el envejecimiento activo y saludable.

En segundo lugar se encuentra el tema de cuidados y género, pues como se ha mencionado por académicas integrantes del Seminario Universitario Interdisciplinario sobre Envejecimiento y Vejez, la pandemia también tiene y tendrá consecuencias relevantes para los temas de género, salud y cuidados, ya que los impactos de largo plazo en los procesos de salud-enfermedad de las personas y en requerimientos de cuidado todavía no se conocen en su totalidad (Montes de Oca *et al.*, 2021). Entre estos cambios es igualmente importante considerar los efectos del aislamiento social en la salud mental de las personas mayores (Emerson *et al.*, 2018).

En cuanto al tema de la brecha digital, la pandemia puso de manifiesto que el acceso a las tecnologías de la información y la comunicación fue y continúa siendo fundamental para mantener el contacto y las redes sociales de apoyo, ya que la vida social, actividades recreativas, laborales, académi-

cas, médicas e institucionales se trasladaron a esta esfera. Para las personas mayores el uso de medios tecnológicos se convirtió en un recurso para promover la resiliencia, la colaboración entre generaciones y la adquisición de nuevos aprendizajes para las personas mayores (Montes de Oca, en López, 2021), pero también se observaron barreras como las dificultades económicas para adquirirlos, la falta de infraestructura y la ausencia de acciones institucionales para hacer programas de formación digital para la población envejecida, especialmente para las mujeres.⁵ En este sentido, consideramos que la brecha digital (y su vinculación con las desigualdades de género en la vejez) debe ser un tema relevante para investigaciones posteriores y la alfabetización digital para la vejez tiene que ocupar un lugar central en las acciones gubernamentales postpandemia.

En lo que respecta a la gestión del riesgo, nos parece muy importante identificar que la pandemia no es ajena al contexto de cambio climático, sino que se suma a una serie de desastres socionaturales que son y serán cada vez más frecuentes (Mizutori y Mohd, 2020; OMS, 2021), y en los que se ha identificado a las personas mayores como grupos especialmente vulnerables (HelpAge International, 2018). Esto nos parece un llamado de atención para aumentar investigaciones e intervenciones que visibilicen las situaciones de las personas mayores ante este tipo de situaciones, pero sobre todo que promuevan modelos de gestión del riesgo y acciones de protección civil que se centren en resolver las problemáticas particulares de este tipo de población y en promover su participación activa.

En conclusión, esperamos que esta compilación de ideas sea de utilidad para remarcar que las desigualdades son acumuladas a lo largo de la vida, que las vulnerabilidades en las vejeces son acrecentadas por el contexto social, urbano, cultural, político y económico y que la pandemia ha hecho todavía más urgente vincular estas temáticas con la gestión integral del riesgo. Esto es todavía más necesario en las ciudades latinoamericanas, donde la transición demográfica es acelerada y requiere esfuerzos mayores para hacer las adaptaciones y planificaciones necesarias.

⁵ De acuerdo con Pedraza (2021), en 2019, la Unión Internacional de Telecomunicaciones reportaba un mayor número de mujeres sin acceso a internet en países donde las desigualdades de género eran más intensas; sin embargo, con la pandemia se ha hecho evidente que esta brecha ya es un punto crucial de convergencia de desventajas para las mujeres.

Discusión

En primer lugar, como se señaló es necesario destacar que los efectos de la desigualdad a lo largo de la vida se manifiestan en la mayor longevidad y el estado de salud en general de las personas mayores, por lo que pensar en intervenciones focalizadas hacia los mayores de 60 años sería inadecuado.

Pero insistir en instancias de participación en las decisiones sociales e individuales podría tener un impacto importante en fortalecer las redes de apoyo y pensar en la salud a lo largo de la vida.

En cuanto al contexto de pandemia, este desnudó aún más las desigualdades que se suman a las ya conocidas discriminaciones por edad, por ejemplo, cuando se advierte que en el mapa de la gestión de riesgos las vejeces no están presentes.

Este es un punto nodal a entender porque no se reconoce la heterogeneidad que caracteriza a la vejez, así como sus diferentes formas de vivir y habitar. Es decir, no solamente hay que indagar sobre la desigualdad de género en la vejez, sino que es de suma importancia reconocer la vivienda y el espacio urbano como otra posibilidad de desigualdad múltiple.

Hay que reconocer por tanto que el espacio urbano fue diseñado para la producción bajo el sistema capitalista (hombres adultos de preferencia) y no apto para otras prácticas sociales, la ciudad está mercantilizada, y en ella existen barreras que limitan el libre tránsito y una ciudad para todas las edades.

En este contexto y producto de la pandemia, el riesgo social se hizo evidente cuando la obligación de quedarse en casa —distanciamiento— sin tener en cuenta el entorno urbano y la falta de servicios básicos provocó inseguridad social.

Robert Castel (citado por Ochoa, 2014, p. 4), dice que el riesgo social puede definirse como “un acontecimiento que compromete la capacidad de los individuos para asegurar por sí mismos su independencia social. Si no se está protegido contra estas contingencias, se vive en la inseguridad”. La inseguridad social en consecuencia proviene de la falta de protección ante las contingencias de la vida como se manifestó para las personas mayores durante la pandemia, sobre todo en sectores con marginalidad y asentamientos informales.

Dicho esto, las intervenciones que se pueden proponer no deben partir únicamente de la edad, dado que eso significa discriminar al depositar toda la responsabilidad en la persona por su característica individual. Por el contrario, hay que promover entornos saludables si se quieren proponer estilos de vida saludables.

Entonces, estamos frente a la urgencia de trabajar la desigualdad socioespacial, pero durante la pandemia emergió otra contradicción a partir de la decisión del distanciamiento que provoca inseguridad social y es brecha digital. No únicamente la heterogeneidad de la vejez implica en casos desigualdad urbana, de género y edad, sino que se acumula la imposibilidad de continuar muchas relaciones sociales y redes de apoyo producto de la falta de manejo de cuestiones básicas de computación, por lo que cualquier propuesta de redes virtuales se debe enfrentar a esta carencia.

Bibliografía

- Annear, M., Keeling, S., Wilkinson, T. I. M., Cushman, G., Gidlow, B. O. B., y Hopkins, H. (2014). Environmental influences on healthy and active ageing: A systematic review. *Ageing y Society*, 34(4), 590-622.
- Aparicio, A., y Guerrero, L. (enviado para revisión en septiembre de 2021). La vejez y la construcción social del riesgo ante la pandemia de COVID-19 en la Ciudad de México. En Montes de Oca, V., y Vivaldo, M. (coords.). *Las personas mayores ante COVID-19 en México. Perspectivas interdisciplinarias sobre envejecimiento y vejez*. Ciudad de México: SUIEV-UNAM.
- Arriagada, I, Aranda, I., y Miranda, F. (2005). Políticas y programas de salud en América Latina. Problemas y propuestas. CEPAL.
- Bauman, Z. (2003). *Modernidad líquida*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Beck, U. (1998). *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Buenos Aires: Paidós.
- Cano, E., y Sánchez-González, D. (2019). Espacio público y sus implicaciones en el envejecimiento activo en el lugar. *Cuadernos de Arquitectura y Asuntos Urbanos*, 9, 33-44.
- De Alba González, M. (2017). Representaciones sociales y experiencias de vida cotidiana de los ancianos en la Ciudad de México. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 32(1), 9-36. <https://doi.org/10.24201/edu.v32i1.1616>.
- Di Virgilio, M. M. (2021). Desigualdades, hábitat y vivienda en América Latina. *Nueva Sociedad*, (293), 77-92.
- Donoso Salinas, R. (2006). Ancianos y ciudad. *Revista de Sociología*, (20), 177-190. doi:10.5354/0719-529X.2006.27536.

- Douglas, O., Lennon, M., y Scott, M. (2017). Green space benefits for health and well-being: A life-course approach for urban planning, design and management. *Cities*, 66, 53-62.
- Duhau, E., y Giglia, Á. (2004). Conflictos por el espacio y orden urbano. *Estudios demográficos y urbanos*, 257-288.
- Duhau, E., y Giglia, A. (2008). *Las reglas del desorden: habitar la metrópoli*. Siglo XXI.
- Durkheim, E. (1989). El suicidio. Madrid: Akal.
- Emerson, K., Boggero, I., Ostir, G., y Jayawardhana, J. (2018). Pain as a risk factor for loneliness among older adults. *Journal of aging and health*, 30(9), 1450-1461.
- Ferraro, K. F., y Shippee, T. P. (2009). Aging and cumulative inequality: How does inequality get under the skin?. *The Gerontologist*, 49(3), 333-343.
- Galindo, J. (2015). El concepto de riesgo en las teorías de Ulrich Beck y Niklas Luhmann. *Acta Sociológica*, 67, 141-164.
- Galindo-Pérez, C., y Suárez-Lastra, M. (2018). Servicios de salud del ISSSTE en la Zona Metropolitana de la Ciudad de México. ¿Qué pasaría si nos enfermáramos todos?. *Gestión y Política Pública*, 27(2), 475-499.
- Garay, S., y Montes de Oca, V. (2011). La vejez en México. Una mirada general sobre la situación socioeconómica y familiar de los hombres y mujeres adultos mayores. *Revista Perspectivas Sociales*, 13(1), 143-165.
- Garay, S., Montes de Oca Zavala, V., Rodríguez-Rodríguez, V., Rojo-Pérez, F., y Fernández-Mayorales, G. (2017). Fuentes de datos e indicadores disponibles para medir los entornos sociales y físicos de la calidad de vida en la vejez en España y México. *Notas de Población*.
- HelpAge International. (2018). El cambio climático en un mundo que envejece. <https://www.helpagela.org/silo/files/el-cambio-climtico-en-un-mundo-que-envejece.pdf>.
- Huenchuan, S. (2009). *Envejecimiento, derechos humanos y políticas públicas*. CEPAL.
- Lennon, M., Douglas, O., y Scott, M. (2017). Urban green space for health and well-being: developing an "affordances" framework for planning and design. *Journal of Urban Design*, 1-30.
- López, P. (6 de agosto de 2021). Tecnología abraza a personas mayores. *Gaceta UNAM*. <https://www.gaceta.unam.mx/tecnologia-abraza-a-personas-mayores/>.
- Mizutori, M., y Mohd Sharif, M. (15 de junio de 2020). COVID-19 shows urgent need for cities to prepare for pandemics. ONU-Habitat. <https://unhabitat.org/opinion-covid-19-demonstrates-urgent-need-for-cities-to-prepare-for-pandemics>.
- Montes de Oca, V. (2013). La discriminación hacia la vejez en la ciudad de México: contrastes sociopolíticos y jurídicos a nivel nacional y local. *Perspectivas sociales = Social Perspectives*, 15(1), 47-80.
- Montes de Oca Zavala, V., Alonso, M., Montero-López Lena, M., y Vivaldo-Martínez, M. (2021). Sociodemografía de la desigualdad por COVID-19 en México. *Revista Mexicana de Sociología*, 0. doi: <http://dx.doi.org/10.22201/iis.01882503p.2021.0.60169>.
- Moser, B., Malzieu, T., y Petkova, P. (14 de junio de 2020). Urbanismo táctico: reimaginando nuestras ciudades después de COVID-19. *Archdaily*. <https://www.archdaily>.

- mx/mx/941354/urbanismo-tactico-reimaginando-nuestras-ciudades-despues-de-covid-19.
- Ochoa, S. (2014). El riesgo en la sociología contemporánea: de los riesgos sociales a los riesgos modernos. Documento de trabajo 14, UNAM, 1-32.
- ONU-Habitat. (29 de junio de 2021). Urbanismo táctico: elemento clave en la recuperación post-pandemia. ONU-Habitat Por Un Mejor Futuro Urbano. <https://onuhabitat.org.mx/index.php/urbanismo-tactico-elemento-clave-en-la-recuperacion-post-pandemia>.
- Organización Mundial de la Salud. (2007). Ciudades globales amigables con los mayores: una guía.
- (2015a). Informe mundial sobre el envejecimiento y la salud.
- (2015b). Medición del grado de adaptación de las ciudades a las personas mayores: guía para el uso de los indicadores básicos.
- (2021). Cambio climático y salud. <https://www.who.int/es/news-room/fact-sheets/detail/climate-change-and-health>.
- Organización Panamericana de la Salud. (agosto de 2021). Un panorama de las ciudades y comunidades amigables con las personas mayores en las Américas durante la pandemia de COVID-19. Experiencia adquirida. <https://iris.paho.org/handle/10665.2/54661>.
- Pedraza, C. (2021). La brecha digital de género como vértice de las desigualdades de las mujeres en el contexto de la pandemia por COVID-19. *Logos: Revista de Filosofía*, 49(136), 9-22.
- Quiroz, H. (2013). ¿Cómo se organiza la ciudad? Una respuesta desde la experiencia de la Ciudad de México. *Bitácora Arquitectura*, 25, 24-29
- Zamorano, C., Alba, M. D., Capron, G., y González, S. (2012). Ser viejo en una metrópoli segregada: adultos mayores en la Ciudad de México. *Nueva antropología*, 25(76), 83-102.
- Ziccardi, A. (2020). Los aportes de los estudios urbanos ante la contingencia: del sismo de 1985 a la COVID-19. Entrevista a la doctora Alicia Ziccardi Contigiani. Entrevistada por María Josefa Santos Corral. *Revista de Divulgación Científica y Tecnológica de la UANL*.